



Håkan

Nesser

La noche más  
oscura



DESTINO

Serie Inspector Barbarotti

# La noche más oscura

Serie Inspector

Barbarotti I

# Håkan Nesser

Traducción de  
Martin Lexell y  
Mónica Corral Frías

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1549

Título original: *Människa utan hund*

© Håkan Nesser, 2006

Publicación original en Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia

Publicación en español por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia

© por la traducción del sueco, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-233-6028-4

Depósito legal: B. 12.537-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La ciudad de Kymlinge no existe en la realidad y la editorial Albert Bonniers Förlag nunca ha publicado un poemario titulado *El ejemplo del frutero*. Por lo demás, el contenido de este libro se corresponde en todo lo esencial con el conocido estado de las cosas.

# CAPÍTULO I

Cuando Rosemarie Wunderlich Hermansson se despertó el domingo 18 de diciembre faltaban unos minutos para las seis y tenía una imagen muy nítida en la cabeza.

Desde una puerta miraba hacia un jardín desconocido. Era verano o principios del otoño. Contemplaba, sobre todo, a dos regordetes pajarillos de color amarillo verdoso; se habían posado en un cable telefónico a unos diez o quince metros de ella, y a cada uno le salía del pico un bocadillo de tebeo.

«Tienes que quitarte la vida», ponía en uno de ellos.

«Tienes que quitarle la vida a Karl-Erik», rezaba el otro.

Los mensajes iban dirigidos a ella. Era ella, Rosemarie Wunderlich Hermansson, la que debía quitarse la vida. Y matar a Karl-Erik. No cabía la menor duda al respecto.

Karl-Erik era su marido, y no fue hasta que pasaron unos segundos cuando se percató de que los dos absurdos postulados debían de tener su origen en algo que había soñado; pero se trataba de un sueño que se había desvanecido enseguida dejando tras de sí nada

más que a esos dos extraños pájaros sentados en el cable. Muy raro todo.

Durante un instante permaneció quieta, tumbada sobre su costado derecho con la mirada fija en la oscuridad que la rodeaba, en busca de un amanecer ficticio que, con toda probabilidad, no había sobrepasado todavía los Urales, mientras escuchaba las respiraciones inalterablemente tranquilas de Karl-Erik. Entonces se dio cuenta de que, en efecto, así era. Los pájaros desplegaron sus alas y salieron volando, pero sus afirmaciones quedaron suspendidas en el aire, imposibles de malinterpretar.

Ella o Karl-Erik. Así era. Había una «o» entre los bocadillos, no una «y». Una afirmación excluía la otra, y daba la sensación de que era una necesidad imperiosa que eligiese una de las dos alternativas. Madre mía, pensó, sacó las piernas de la cama y se sentó. ¿Cómo habían llegado a esto? Como si esta familia no tuviese ya bastante.

Pero cuando enderezó la espalda y sintió el familiar dolor matinal hacia la tercera o cuarta vértebra, poco a poco se le fueron colando también los pensamientos cotidianos. Un bálsamo consolador, aunque bastante aburrido para el alma. Lo recibió con una especie de perezoso agradecimiento, se metió las manos en las axilas y, con pasos silenciosos, fue al cuarto de baño. Estás tan vulnerable por la mañana, pensó. Tan desnuda y desamparada. Una profesora de manualidades de sesenta y tres años no mata a su marido, eso es impensable.

Cierto que también daba clases de alemán, pero eso no cambiaba gran cosa las premisas. De ninguna manera lo hacía más aceptable. ¿Cómo diablos podría marcar alguna diferencia la asignatura de alemán o la de manualidades a ese respecto?

Así que parecía que lo que le tocaba era acortar su propio recorrido por este valle de lágrimas, pensó Rosemarie Wunderlich Hermansson antes de encender la luz y ponerse a contemplar su cara en el espejo. Notó que alguien le había pegado una sonrisa.

¿Por qué estoy sonriendo?, pensó. ¿Qué motivo tengo yo para sonreír? No me he sentido peor en mi vida, y dentro de media hora se despertará Karl-Erik. ¿Qué era lo que había dicho el director del instituto? *El profundo timbre metálico que... ¿cómo continuaba?... ¿que había dado a las nuevas generaciones la caja de resonancia de su desarrollo moral e intelectual?* ¿De dónde demonios había sacado eso? Menudo imbécil. *Curso tras curso, generación tras generación, durante cuarenta años. Una roca de la pedagogía.*

Sí, Foca Bergson, de hecho, había llamado «roca de la pedagogía» a Karl-Erik. ¿Se detectaba ahí una pizca de ironía quizá?

Probablemente, no, pensó Rosemarie mientras se introducía el cepillo de dientes eléctrico hasta el fondo de la mejilla derecha. Vera Ragnebjörk, su única compañera de la languideciente asignatura de lengua alemana en el instituto Kymlingevis, solía afirmar que, en Foca Bergson, la dimensión irónica brillaba por su ausencia, de ahí que no se pudiera hablar con él como con una persona normal, y que era sin duda gracias a esa singular carencia que había conseguido mantenerse en el cargo de director durante más de treinta años.

Foca Bergson solo tenía un año menos que Karl-Erik, pero pesaba al menos cuarenta kilos más, y hasta ese triste día, hacía ya casi ocho años, en el que Berit falleció tras caerse desde un telesilla en Kitzbühl y romperse el cuello, habían tenido bastante trato. Los cuatro. Por el bridge y cosas así. Algún que otro viaje a

Estocolmo para ir al teatro. Una semana desastrosa en Creta. Rosemarie pensó que echaba un poco de menos a Berit, pero no a Foca Bergson. O sea, tratar con él.

¿Por qué estoy aquí malgastando mis valiosos minutos matutinos pensando en ese don nadie monodimensional?, se preguntó. ¿Por qué no intento pasar un cuarto de hora leyendo tranquilamente el periódico? Creo que estoy a punto de perder el control.

Pero ni con el periódico y una taza de café le vinieron a la mente pensamientos agradables. No se le ocurrió nada positivo. Al alzar la vista hacia el reloj de la pared de la cocina —comprado por capricho en IKEA por cuarenta y nueve coronas y cincuenta céntimos allá por el otoño de 1979, y al parecer indestructible—, este marcaba las seis y veinte, lo que significaba que tendrían que pasar al menos diecisiete horas antes de que se le concediera de nuevo la gracia divina de poder meterse entre las sábanas y olvidarse de otro día más de penas. Y dormir, dormir.

Ese día era domingo, y también su segundo día como feliz jubilada, «el último cambio vital de importancia antes de la muerte», como algún alma caritativa había comentado, y se decía a sí misma que, de haber tenido un arma cerca, se habría dejado guiar por aquella idea matutina. Pegarse un tiro en la cabeza antes de que a Karl-Erik le diera tiempo a entrar en la cocina con su pijama a rayas, hinchar el pecho y anunciar que había pasado toda la noche durmiendo como un bebé. Y, si luego resultaba que esas historias sobre las experiencias cercanas a la muerte que había leído eran verdad, podría ser muy interesante quedarse suspendida cerca del techo, observando su cara al encontrarla de



bruces sobre la mesa, la cabeza en medio de un gran charco de sangre caliente.

Aunque eso tampoco se hace. Menos aún cuando no tienes un arma en condiciones y has de pensar también en los nietos. Tomó un trago de café y, tras quemarse la punta de la lengua, se le encendió la parte del cerebro que regía la vida cotidiana. ¿Qué había en su agenda este segundo día después de que su vida profesional se hubiera acabado?

Limpiar y recoger toda la casa. Así de sencillo. Los hijos y los nietos llegarían mañana, y el martes era el gran día.

El día que debería haber sido el Día, con D mayúscula, pero que de alguna misteriosa manera se había encogido y convertido en una especie de pomposo anti-evento por culpa de Robert. Ni más ni menos. Durante todo el otoño, habían hablado de invitar a unas cien o ciento veinte personas; las únicas limitaciones las marcaba el aforo del restaurante Svea, pero Karl-Erik había tratado el asunto con el *maitre* Brundin al menos una docena de veces, y la asistencia de ciento y pico personas no suponría ningún problema.

*No habría supuesto ningún problema.* El escándalo de Robert tuvo lugar el 12 de noviembre. Entonces los salones del restaurante ya llevaban tiempo reservados, pero no había sido demasiado tarde para cancelar la reserva. Habían enviado unas setenta invitaciones, y habían recibido una veintena de respuestas afirmativas, pero la gente se mostraba muy comprensiva al explicarles que, debido a unas determinadas circunstancias sin especificar, habían decidido reducir la celebración a una fiesta con el núcleo familiar.

Muy comprensivos todos. El programa había tenido una audiencia de casi dos millones de personas, y los

que no lo habían visto se habían dejado informar por los tabloides al día siguiente.

ROBERT EL PAJILLERO. El titular había marcado el corazón maternal de Rosemarie como la huella que deja el hierro candente en una vieja vaca sarnosa, y sabía que, para siempre, mientras siguiera viva, nunca podría pensar en Robert sin añadir ese horrible epíteto. Había decidido no leer nunca más *Aftonbladet* ni *Expressen*, ni ningún otro tabloide, una promesa que hasta el momento no había incumplido, ni había estado tentada de hacerlo.

Una fiesta con el núcleo familiar, por tanto. En el instituto ocurrió más de lo mismo. Allí también se había bajado el discreto telón de la misericordia. De modo que cuando el matrimonio Hermansson, tras un total de sesenta y seis años de servicio, «se retiró del sangriento campo de batalla de la pedagogía», como algún iluminado —aunque difícilmente Foca Bergson— lo había formulado, las celebraciones se limitaron a una prolongación de la reunión del claustro en la que se sirvió tarta y se hizo entrega del mencionado número de rosas rojas, así como de un juego de tazas de cobre martillado para tomar vino caliente. Rosemarie, nada más abrir el paquete, se preguntó si Elonsson no habría obligado a sus desastrosos alumnos de octavo a hacerlas en la clase de manualidades con metal bajo la amenaza de suspenso general. Elonsson, a diferencia de Foca Bergson, tenía un generoso sentido de la ironía de la vida.

Sesenta y cinco más cuarenta. Esa era la segunda de las grandes sumas de ese mes de diciembre, y el resultado era ciento cinco. Rosemarie sabía que a Karl-Erik

le mortificaba que no salieran cien años justos, pero ese tipo de datos no se podían alterar. A decir verdad, su marido no alteraba nunca un dato. Rosemarie hizo un par de estiramientos dubitativos sin levantarse de la silla mientras pensaba en aquella noche hacía cuarenta años, cuando había conseguido frenar dos contracciones para que pasara de la medianoche. La felicidad de Karl-Erik por ese detalle, aunque intentase disimularlo, resultó más que obvia. Y no era para menos: así, su hija primogénita llegaba al mundo el mismo día de su vigésimo quinto cumpleaños. Siempre había existido un vínculo inmensamente fuerte entre Ebba y su padre, y Rosemarie sabía que se había establecido ya en ese momento: en la maternidad del hospital de Örebro a las doce y cuarto de la madrugada del 20 de diciembre de 1965. La matrona se llamaba Geraldine Tulpin, un nombre que no era fácil de olvidar, eso tampoco.

En la familia, la celebración navideña siempre había pecado de un cierto sesgo. Rosemarie nunca había manifestado que así fuera, al menos no con esa palabra, pero no cabía duda de que era sesgo de lo que se trataba. Las personas normales, creyentes o no, consideraban el 24 de diciembre el eje en torno al cual giraba la oscuridad invernal, pero en el seno de la familia Wunderlich Hermansson, el 20 era igual de importante, o más. El cumpleaños de Karl-Erik y Ebba. El día siguiente era el día más corto del año, el corazón de las tinieblas, y de alguna extraña manera Karl-Erik —sin alterar ningún dato, aunque ahí estuvo muy cerca— había conseguido crear una especie de trinidad. Su cumpleaños, el de Ebba, y el regreso de la luz a la Tierra.

Ebba siempre había sido la niña de sus ojos, su niña mimada; era en ella en la que había depositado todas

sus esperanzas. Ni siquiera se había molestado en disimularlo: algunos niños poseen más quilates que otros, así funciona el crisol genético de la biología, había explicado en una ocasión en la que, por muy raro que pueda parecer, se había echado un coñac de más al coletito. Nos guste o no. Y a juzgar por los acontecimientos, pensó Rosemarie con pena y crudeza —mientras se servía otro café, fiable piedra angular en su poco entusiasta proceso del despertar—, todo parecía apuntar a que había apostado por el caballo ganador.

Ebba era una roca. Robert siempre había sido la oveja negra de la familia, y ahora se había convertido en alguien innombrable; un hecho que quizá resultaba menos sorprendente de lo que se quería reconocer. ¿Kristina? Bueno, de Kristina se podía decir que era como era. El niño le había aportado un poco de estabilidad, de ahí que los últimos años los hubiera navegado en aguas más tranquilas que los anteriores, pero Karl-Erik seguía insistiendo en que aún era pronto para cantar victoria, muy pronto.

Pero ¿alguna vez has cantado victoria, mi querido príncipe de madera?, pensaba Rosemarie cada vez que lo decía, y ahora, sentada en su oscura cocina, volvió a pensarlo.

En ese instante, Karl-Erik entró en la cocina de marras.

—Buenos días —dijo—. Es raro. Pese a todo, he dormido como un bebé.

—A mí me parece un poco desesperado —respondió ella.

—¿El qué? —quiso saber Karl-Erik Hermansson mientras encendía el hervidor eléctrico—. ¿Dónde has puesto mi té nuevo?

—En la segunda balda —contestó Rosemarie—.

Pues vender la casa y mudarnos a España, ¿qué va a ser, si no? Me resulta..., bueno, algo desesperado, como he dicho. No, a la izquierda.

Karl-Erik trasteaba con latas y tazas.

—An-da-lu-cí-a —articuló con sólidos fonemas castellanos—. Sé que tienes recelos ahora, pero un día me lo vas a agradecer.

—Lo dudo —repuso ella—. Lo dudo de los pies a la cabeza. Tienes que recortarte los pelos de la nariz.

—Rosemarie —dijo Karl-Erik mientras hinchaba el pecho—. Aquí ya no puedo mirar a la gente a los ojos. Un hombre debe ser capaz de andar por la calle con la espalda erguida y la cabeza alta.

—Y ser capaz de inclinarse también —replicó ella—. Esto pasará. La gente olvida y las cosas volverán a tener unas proporcio...

Karl-Erik la interrumpió al dejar su nueva lata de té en la encimera con un buen golpe.

—Creo que ya hemos hablado lo suficiente de ese asunto. Lundgren ha prometido preparar todos los papeles para firmar el miércoles. Estoy harto de esta ciudad. Basta.<sup>1</sup> Lo único que nos mantiene en este sitio son la dejadez y la cobardía.

—Llevamos treinta y ocho años viviendo aquí —dijo Rosemarie.

—Más que suficiente —repuso Karl-Erik—. ¿Ya te has tomado dos tazas de café? Acuérdate de lo que te he dicho.

—Irnos a vivir a un lugar que no tiene ni nombre... Por lo menos podría llamarse de alguna manera, ¿no?

—Lo tendrá en cuanto las autoridades españolas se decidan. ¿Qué problema hay con Estepona?

1. En español en el original. (*N. de los t.*)

—Estepona está a siete kilómetros. El mar a cuatro.

Karl-Erik no contestó. Echó agua hirviendo a sus saludables hojas de té verde y sacó el pan de semillas de girasol de la panera. Rosemarie suspiró. Llevaban veinticinco años discutiendo por los hábitos de desayuno de ella; por la venta de la casa y el traslado a España, veinticinco días. Aunque *discusión* no era en realidad la palabra correcta, pensó Rosemarie. Karl-Erik había tomado su decisión y luego había utilizado su bien engrasado sentido democrático para convencerla. Como siempre. Nunca se rendía. Estaba dispuesto a hablar y hablar sobre cualquier asunto que considerara importante hasta que ella tiraba la toalla de puro hastío y agotamiento. Típica estrategia filibustera. Podía tratarse de la compra de un coche. O de las carísimas librerías que él encargó hacer a medida para la «biblioteca», como le gustaba llamar al cuarto de trabajo que compartían, y donde él pasaba cuarenta horas a la semana y ella cuatro. O de irse de vacaciones a Islandia, a Bielorrusia o a la región del Ruhr; claro, ser director del departamento de ciencias sociales y geografía conllevaba cierta responsabilidad.

Y él había pagado la señal de esa casa entre Estepona y Fuengirola sin consultárselo. Había iniciado las negociaciones de la venta del chalé en Kymlinge con el señor Lundgren del banco sin antes iniciar las negociaciones democráticas en el ámbito doméstico. Eso no lo podía negar, y tampoco se esforzó en hacerlo.

Aunque quizá debería estarle agradecida. Porque podría haber sido Lahti o Wuppertal. He convivido con este hombre durante toda mi vida adulta, pensó de repente. Creí que con el tiempo algo maduraría entre nosotros, pero no ha sido así. Las cosas estaban enmohecidas desde el principio, y por cada año que pasaba, más moho las cubría.

¿Y por qué era tan rematadamente dependiente de su marido que tenía que echarle la culpa de haber desperdiciado su vida? ¿Acaso no era esa una señal definitiva de debilidad?

—¿En qué piensas? —preguntó Karl-Erik.

—En nada —respondió ella.

—Dentro de seis meses ya nos habremos olvidado de todo esto —aseguró él.

—¿De qué? ¿De nuestras vidas? ¿De nuestros hijos?

—No digas tonterías. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Y, por cierto, ¿no sería mejor que Ebba y Leif se alojaran en el hotel? Al fin y al cabo, son cuatro adultos, apenas vamos a caber todos.

Karl-Erik clavó los ojos en ella como si fuera una alumna que llevaba tres clases consecutivas sin entregar un trabajo. Rosemarie sabía que había sacado el tema solo para fastidiar. Bien era cierto que Ebba y Leif y sus dos hijos adolescentes ocupaban más espacio del que en realidad tenían, pero Ebba era Ebba, y Karl-Erik antes vendería su última corbata que alojar a su hija predilecta en otro sitio que no fuera la casa y la habitación en las que se había criado. En especial tratándose de la última vez, la última vez que se juntarían allí.

A Rosemarie se le formó un nudo en la garganta, así que se acabó de un trago el tibio café. ¿Y Robert? Bueno, al pobre Robert había que ocultarlo de los ojos del mundo de la mejor manera posible; no podían dejarlo deambular por los pasillos del hotel, donde cualquiera podría quedarse mirándolo con estupor y morfarse de él. Robert el Pajillero de *Fucking Island*. La última vez que habló con él, hacía dos días, había sonado al borde de las lágrimas.

Por tanto, decidieron que fueran Kristina, Jakob y el pequeño Kelvin los que se alojaran en el hotel. ¿Cómo podían llamar Kelvin al pobre crío? Pero si es una unidad de temperatura, el cero absoluto, les había informado Karl-Erik a los recién estrenados padres, pero no sirvió de nada. Por lo demás, Rosemarie estaba bastante segura de que, para Kristina y Jakob, que les hubiera tocado el hotel era un golpe de suerte. El estado de ánimo que Kristina provocaba en su madre desde que se hizo mayor y se marchó de casa era un sentimiento tricéfalo de culpa, inferioridad y fracaso. Y durante un instante breve pero de gran clarividencia fue consciente de que el único de entre sus tres hijos por el que realmente se preocupaba y sentía cariño era Robert. ¿Se debía a que era un chico? ¿Era así de sencillo?

Aunque quizá tendría lugar una especie de apertura en la relación con Kristina, tarde o temprano; al menos en lo que se refería a ella, claro, dudaba que fuera a cambiar nada respecto a Karl-Erik. Y es que su padre siempre había sido el objetivo principal de su obstinencia. ¿Existía esa palabra? ¿*Obstinencia*? De todos modos, había sido así desde el primer día de la pubertad, pero la roca pedagógica había perseverado, sólida, pétrea, durante una infinitud de discusiones y disputas y peleas, dando muestras de las características propias de ese tipo de acumulación de minerales íntegros: permanecer en su sitio, firme, y no ceder jamás ni un milímetro.

Estoy siendo injusta con mi marido, pensó, pero es que estoy tan condenadamente harta que me entran ganas de vomitarle encima.

Mientras la hora se acercaba a las noticias de las siete en la radio, Karl-Erik presentaba una serie de argumentos de peso, irrefutables, a favor de alojar a la



familia de Ebba en casa, y Rosemarie se sorprendió a sí misma pensando que le gustaría acercarse a él, agarrarle la lengua y cortársela.

Su labor pedagógica había concluido, así que ya había llegado el momento.

Y de nuevo, de un modo automático, apareció el pensamiento de que estaba siendo injusta con él.

—Vale, vale —cedió ella—. No tiene importancia.

—Muy bien —dijo él—. Entonces estamos de acuerdo. Eso sí, debemos intentar tratar a Robert como siempre. No quiero que mencionemos aquello. Yo hablaré con él cara a cara, los dos solos, eso será suficiente. ¿A qué hora dijo que llegaba?

—Por la tarde. Viene en coche. No ha concretado más.

Karl-Erik Hermansson asintió reflexivo con la cabeza, antes de abrir la boca de par en par y cargarla con una cucharada colmada de yogur natural con muesli integral, orgánico puro y con treinta y dos minerales añadidos, incluido el selenio.

Rosemarie se puso a pasar la aspiradora en la planta de arriba y Karl-Erik, con espíritu de solidaridad doméstica, cogió la lista de la compra y el coche y se marchó al nuevo hipermercado Coop en la zona industrial de Billundsberg con el objetivo de adquirir quinientos kilos de provisiones para el cumpleaños, así como un árbol de Navidad. Mientras Rosemarie tiraba de la anticuada Volta, comprada en Hermanos Eriksson – Máquinas Eléctricas para el Hogar a finales del invierno de 1983, y a todas luces indestructible, reflexionó sobre cuántas decisiones importantes había podido tomar durante sus sesenta y tres años de vida.

¿Haberse casado con Karl-Erik Roca Pedagógica?

Pues no. Se habían conocido ya en el instituto Karolinska (ella, una tímida alumna de primero, y él, un elegante, trajeado y formal estudiante de tercero), y él había desgastado su resistencia de la misma manera en que la fue desgastando durante el resto de su vida juntos. Cuando él le pidió la mano, su primer «no» se atenuó a través de un segundo «quizá, pero esperemos al menos hasta graduarnos», hasta un tercer «vale, de acuerdo, pero antes tenemos que buscar una casa». Se casaron en 1963; Rosemarie se graduó en la rama de formación textil de la escuela de educación doméstica en junio de 1965, y seis meses después nació Ebba. Eso tampoco fue resultado de ninguna decisión tomada por ella.

Optó por la carrera de profesora de manualidades porque su mejor (y única) amiga, Bodil Rönn, ya se había decidido a estudiarla. Se graduaron juntas. Bodil consiguió una plaza fija muy al norte, en Boden, en un colegio ubicado a menos de quinientos metros de la casa de los padres de su novio, Sune; y hasta donde Rosemarie sabía, allí seguían aún. Habían intercambiado cartas y llamadas durante unos quince años, pero la última tarjeta de felicitación navideña le había llegado hacía unos siete u ocho.

Cero decisiones importantes hasta ese momento, pensó mientras empujaba la monstruosa Volta por el recibidor para ponerse con los cuartos de invitados. O las viejas habitaciones de los niños, o como quiera uno llamarlas. El dormitorio de Ebba, el de Robert y el cuartucho de Kristina, no mucho más grande que un trastero, y es que nunca había entrado en sus planes tener más de dos niños —especialmente después de haber conseguido uno de cada sexo en solo dos intentos—, pero las cosas salieron así. La vida tenía sus propios derroteros, y no siempre seguía el plan previsto. Kristina nació en 1974,

diez meses después de que Rosemarie dejara la píldora por consejo de su ginecólogo, y si bien el desastroso viaje a Grecia con la familia Bergson no había reportado ningún recuerdo alegre, al menos les había dado una hija no planificada. A Karl-Erik se le había olvidado comprar condones y no se había retirado a tiempo. Así que las cosas salieron como salieron, simplemente, mierdas que pasan en este, el mejor de los mundos, igual que en todos los demás. Pero ¿qué era ese lenguaje en el que sus pensamientos se vestían esa fría y húmeda mañana de diciembre? Sabe Dios, cielo santo, que algo le pasaba, eso estaba claro. ¿Qué tiempo hacía? Mejor pensar en algo neutral. Aún no se les había concedido ni un solo milímetro de nieve en ese extremo occidental del país, y cuando miró por la ventana le dio la impresión de que incluso la propia luz diurna se había rendido y había tirado la toalla. El aire parecía unas gachas de avena.

No fue hasta que enrolló la larga alfombra del pasillo y empezó a pasar la aspiradora sin boquilla por los listones del suelo que se acordó de una decisión que había tomado y que fue determinante en su vida. Anda, sí, es verdad.

Se llamaba Göran. Llevaba sandalias sin calcetines y sustituyó al orientador estudiantil durante un semestre de otoño. Sucedió en su tercer año en el colegio, cinco años después de tener a Kristina, y no le entraba en la cabeza que una madre de treinta y seis años con tres niños fuera lo que quería ese barbudo encantador, por lo que había dicho que no. Y sin duda ese «no» constituía la decisión más importante de su vida. Rechazar a un libidinoso orientador ancho de hombros y recién divorciado. Ocurrió durante un cursillo de formación

que se hizo a bordo de un ferry a Finlandia. La roca pedagógica había enfermado, por tercera vez en toda su existencia (sin contar la hernia umbilical congénita), y el orientador se había pasado la mitad de la noche en su camarote intentando seducirla. Rogando de rodillas. Invitándola a cócteles «pata de lobo» del *duty free*. Pero nones. Invitándola a licor de moras boreales. Pero nones.

Rosemarie se preguntó qué habría sido de él. Recordaba los dedos bronceados de sus pies, con interesantes pelusillas encima, y la verdad es que había sido una oportunidad para cambiar de vida; pero había dejado que se le escapara de las manos. ¿Total? ¿Qué más daba? Solo un hombre se había abierto camino en su, ahora y para siempre, seca y cerrada vagina. Pero bueno, también es cierto que, por lo que ella sabía, el pito de Karl-Erik tampoco se había extraviado durante cuarenta y dos años. Antes de casarse, confesó que había mantenido relaciones con una chica que se llamaba Katarina durante una fiesta de Santa Lucía cuando estaba en segundo en el instituto, pero no era su tipo, un hecho que quedó recalcado cuando la chica, a principios de los años ochenta, disfrutó de una breve notoriedad como secuestradora de rehenes durante un atraco a un banco de Säffle. Sea cual sea el motivo por el que, de entre todos los pueblos de mala muerte del mundo, se elige Säffle para atracar bancos.

En cualquier caso, el número de decisiones importantes que había tomado en su vida alcanzaba el enojoso cómputo total de uno. Rosemarie decidió que ya estaba bien de pasar la aspiradora y se preguntó si había motivos que respaldaran la optimista idea de que era lo bastante fuerte para tomar la decisión importante número dos. La casa estaba a nombre de los dos, eso lo sabía. Sin su firma, el miércoles la operación se iría a pique. La

pareja que quería comprar se apellidaba Singlöv y vivía en Rimminge; de ellos solo estaba al tanto de que el marido era electricista y de que tenían dos niños.

Pero el hecho de que Karl-Erik y ella ya hubieran ingresado cien mil coronas no reembolsables de fianza para la casa de dos habitaciones en España era algo que no podía cambiar. La Costa Senil, ¿no era así como llamaban a la región? Durante un doloroso segundo un nuevo titular revoloteó en su ojo interior: ¡LOS PADRES DE ROBERT EL PAJILLERO HUYEN A LA COSTA SENIL!

Si no estuviera tan resignada..., pensó ella mientras volvía a encender la cafetera eléctrica. Si no me resultara todo tan terriblemente carente de sentido... ¿Dónde voy a encontrar las fuerzas para seguir?

*Últimos días y muerte de una profesora de manualidades*, pensó un minuto más tarde cuando se dejó caer en la silla frente a la mesa de la cocina con la tercera taza de café del día. En su humilde opinión, no sonaba mal como título de una novela o de una obra de teatro, pero verse en medio de la trama no era nada envidiable, la verdad.

¡Uf!, surgió a modo de protesta desde alguna circunvolución de su cerebro aún sin enderezar, no es muy propio de mí regodearme en tantas desgracias. ¿Es posible que me haya dado una pequeña apoplejía esta mañana? Ojalá fumara, entonces al menos podría permitirme el lujo de fumar un cigarrillo.

Pero bueno, ¿qué les pasa a mis pensamientos hoy?, se dijo Rosemarie Wunderlich Hermansson. No eran más que las diez de la mañana. Todavía quedaba un día entero antes de que pudiera volver a la cama, y mañana hijos y nietos empezarían a llegar como... eso, ¿como qué?

¿Soldados llamados a filas para una guerra cancelada?

Vida, ¿dónde está tu punzada?